

NOVELA DE LA SENSUALIDAD.—Isabelle. Tiene dieciocho años, rubia y encantadora. Su padre es un escritor, desconocido y misántropo. La madre de Isabel los abandona en una playa del Sur de Francia, dejándolos en una situación equívoca, morbosa.

Es el premio Renaudot, «Isabelle», de Jean Freustic, bello libro repleto de melancolía y cuyas páginas giran en torno al conflicto de generaciones.

El incesto tiene una larga tradición literaria, pero en este caso todo lo escabroso es torreado con sutileza y aliento poético, con pudor y sensibilidad. Se adivina la mano cautelosa de un novelista excepcional, que fue médico durante algún tiempo y que, poco a poco, fue abandonando esta profesión para dedicarse por entero a la literatura.

De todas formas, no pasará nada entre ellos. El verdadero tema del libro es la duda, los celos, el desconcierto, el rencor y la esperanza de un hombre más que maduro que sufre y se complace en una obsesión.

En resumen, dos premios literarios honestos, que cumplen con su cometido, aunque no —el primero— con el espíritu de lo que quería Edmundo de Goncourt. ■ RAMON LUIS CHAO.

LOS PRINCIPALES GONCOURT DESDE 1903

- 1916: Henri Barbusse, «Le Feu».
- 1919: Marcel Proust, «A la sombra de las muchachas en flor».
- 1933: André Malraux, «La condición humana».
- 1935: Joseph Reyre, «Sangre y luz».
- 1936: Maxence van der Meersch, «La huella de Dios».
- 1938: Henri Troyat, «La araña».
- 1944: Elsa Triolet, «El tropezón cuesta 200 francos».
- 1948: Robert Merle, «Weed End en Zwedecoot».
- 1951: Julien Gracq, «La Ribera de los Syrtés».
- 1954: Simone de Beauvoir, «Les Mandarins».
- 1956: Ramain Gary, «Las raíces del cielo».
- 1957: Roger Vaillant, «La ley».
- 1959: Schwarz-Bart, «El último de los justos».
- 1962: Anne Langfus, «Los equipajes de arena».
- 1967: André Pleyre de Mandlary, «El margen».

A propósito del inacabable caso de Terenci Moix

Quisiera hacer algunas precisiones sobre la nota que publicó TRIUNFO (n.º 441) sobre el rechazo de una obra de Terenci Moix, presentada cuatro horas fuera de plazo al Premio Sant Jordi. Insisto, al Premio Sant Jordi, y no Joanot Martorell, como yo escribí en un incomodísimo lapsus motivado por la anécdota que relataba sobre la conversión de Joanot Martorell en Joanet Martorell, según la versión de TVE. El lapsus es más imperdonable por mis asistencias continuadas a las concesiones del Premio en los distintos años en que se ha fallado.

Otra precisión se refiere a la posición crítica que se desprende de toda la nota. Es indudable que de ella se deduce una toma de posición ridiculizadora de la medida de no aceptar una obra porque llega con cuatro horas de retraso. Sin embargo, no quisiera que pudiera interpretarse como una condena total de una institución, el Omnium Cultural; ni de un personaje, el crítico, Joan Triadú, claramente implicado en mi escrito. Las afinidades casi nunca son electivas, y en los tiempos que circulan no hay que ser excesivamente meticuloso con la dentadura de los caballos regalados. Quiere esto decir, con una cierta brutalidad, que la tarea colegiada del Omnium y la personal del señor Triadú podrán gozar o no de mi valoración subjetiva, pero es indudable que a un nivel objetivo se insertan plenamente en el contexto de un esfuerzo difícil y sacrificado en pro de la cultura catalana. Soy consciente de lo problemático que resulta clarificar la propia casa mientras en el exterior reina la más programada oscuridad.

En estos momentos, el Omnium agrupa a millares de catalanes esperanzados en su gestión, y son esos millares de catalanes los que a la larga interesan, no algunos dirigentes circunstanciales enfermos de conservadurismo y raros exclusivismos. Del mismo modo sería ridículamente injusto no aceptar el papel, en muchos y más difíciles momentos, solitario que Triadú ha desempeñado (a mi gusto o no) como clarificador y clasificador de una

cultura desnutrida y sin ayuda americana que llevarse a la boca.

Dicho esto, sería interesante que Moix y los relojes de los distintos Jurados de premios de novela catalana se pusieran a marchar al unísono,

ante la presencia de un notario del Ilustre Colegio de Notarios de Barcelona. A ver si así nos evitábamos disgustos y enfrentamientos el Omnium, Triadú, Moix y un servidor. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

CASTELLET,
PREMIO
TAURUS
1970



Todos los fallos son significativos. Algunos, oportunos. El Taurus 1970 lo ha sido. Un Jurado de catedráticos y críticos (Gerardo Diego, Lain Entralgo, Alarcos Llorach, F. Yndurain, A. Zamora Vicente, J. M. Martínez Cachero y Francisco Rico) ha premiado el trabajo de José María Castellet «Iniciación a la lectura de la obra poética de Salvador Espriu». Este año, el Premio, patrocinado por el Grupo Fierro, estaba dedicado a la especialidad de crítica literaria.

De 1957 arranca la obra de Castellet. «La hora del lector» fue aceptada como una «obra incontrovertible», ha escrito recientemente Martínez Menchén («Del engaño literario»). Lo fueron también los criterios que presidieron su antología «Veinte años de poesía española» (1960), pero de entonces a hoy han cambiado mucho las cosas. El replanteamiento y la discusión pública de los supuestos estéticos que inspiraron una literatura social realista alcanzarían lógicamente al que había sido su jefe de fila como crítico y asesor literario desde Seix Barral. Después de «Poesía catalana del siglo XX» (en colaboración con Joaquín Molas), «Lectura de Marcuse», etcétera, fue «Nueve novísimos poetas españoles» (1970) el libro que concitó las iras (nuestros lectores han podido seguir la reacción despertada por esta antología) y por el que el crítico pasó a ser criticado. No es objeto de esta reseña señalar estas contradicciones (lo hará el propio Castellet en una entrevista que publicaremos próximamente), sino el destacar que un Jurado de catedráticos haya propugnado un escritor hoy impugnado, como dijo Jesús Aguirre al dar lectura del fallo ante la prensa, y que una editorial madrileña haya premiado un libro dedicado al poeta catalán Salvador Espriu (lo cual contribuirá a su necesaria lectura).

Por fin, el fallo viene a confirmar la nueva línea de conducta que parece tomar esta ya casi clásica editorial al recaer las quinientas mil pesetas en un hombre de letras vanguardista.

CINE

Dos títulos españoles que no descubren nada nuevo

El llamado cine comercial español (las comedias producidas generalmente por Masó o Dibildos; los «spaghetti-western»; las aventuras de agentes secretos y la extensa, respetable serie folklórica) sufre la indiferencia y hasta el desprecio apriorístico de quienes, de cualquier manera, se interesan seriamente por el cine. Y este hecho se traduce en la esquemática consideración de que sólo hay películas reaccionarias por un lado y excepcionales por otro —que serían en este caso los films de Berlanga, Saura, algunos de Fernán-Gómez, etcétera—.

Si un esquema resulta, por lo general, insuficiente, en este caso, las posturas críticas a partir de las cuales se entiende este cine comercial imposibilitan totalmente un entendimiento sereno de sus características, de su atractivo y como producto comercial y, por ello, de su representatividad en función de una situación social. El análisis de la evolución de este cine comercial español, del lenguaje que en él se utiliza, de los temas que se tratan, entre otros posibles estudios, acabaría por ofrecer un panorama más rico y alejado del tópico. Un panorama real de la sociedad española, que, a través de la complejidad del cine, aparecería revelador en algunos aspectos o como confirmación de otros que, en definitiva, podrían clarificar los planteamientos laborales de cualquier cineasta.

Dos títulos recientemente estrenados —«El dinero tiene miedo», de Pedro Lazaga, y «Una señora llamada Andrés», de Julio Buchs— resultan significativos en el sentido de catalizadores de una opinión general y de la manera en que ésta se expresa.

«El dinero tiene miedo», por ejemplo, se anuncia como una película en la que «cualquier parecido con la realidad no es una pura coincidencia. Esta película habla de eso que usted sabe... y de otros